

El engañoso silencio de Argelia

Barah Mikail

»» Argelia tiene previsto celebrar elecciones parlamentarias el próximo 10 de mayo. Si bien estos comicios no son tan importantes como las elecciones presidenciales, los argelinos se preguntan si abrirán las puertas para un cambio político. Existen dudas sobre si el presidente Abdelaziz Bouteflika, que está enfermo, podrá concluir su mandato.

A la llegada de la primavera árabe a principios de 2011, Argelia parecía el candidato perfecto para seguir los pasos de la transición tunecina. A pesar de la riqueza proveniente del petróleo, la corrupción y la desigualdad económica habían empobrecido a una población bajo el régimen apoyado por los militares. Reinaba la frustración y se hacía cada vez más patente la falta de esperanza entre la población joven. Sin embargo, la situación en el país ha permanecido relativamente tranquila. Las protestas populares no han alcanzado un punto álgido y las perspectivas de un cambio de régimen se han desvanecido.

Argelia es una pieza clave del rompecabezas geopolítico del norte de África. Su frontera compartida con Libia, sus grandes reservas de petróleo y gas, su estrategia regional antiterrorista y su negativa tajante a seguir las estrategias regionales de las potencias internacionales le otorgan un estatus único. Entender por qué la primavera árabe ha pasado de largo por Argelia es de considerable importancia geoestratégica. Hay varias razones para el aparente “silencio argelino”: antecedentes históricos que alimentan el desorden de la oposición, el populismo del Gobierno y las deficiencias de las estrategias europeas.

CLAVES

- Entender por qué la primavera árabe ha pasado de largo por Argelia es de considerable importancia geoestratégica.
- Las limitadas propuestas de reforma han puesto de relieve el poco espacio de maniobra que tiene el Gobierno.
- El posible cambio de poder, la apertura hacia Occidente y un mejor aprovechamiento del potencial económico del país vaticinan un futuro mejor.

»»»»» **LA PARADOJA ARGELINA**

La historia tiene un peso muy importante en Argelia. Los 132 años de ocupación francesa, desde 1830 hasta 1962, y la subsiguiente lucha por la independencia suscitan hoy grandes sentimientos de orgullo nacional. No obstante, los períodos de calma han sido la excepción y no la norma en el país. Tras la independencia de Francia, la mala gobernanza y la ineficaz distribución de la riqueza proveniente del petróleo se afianzaron en Argelia. La vida política estaba marcada por el monopartidismo y el dominio del Frente Nacional de Liberación. El creciente resentimiento hacia el régimen condujo a violentas protestas en octubre de 1988, que marcaron un nuevo capítulo en la política argelina. El entonces presidente, Chadli Benjedid, aprobó una nueva constitución, basada en la transición hacia un sistema multipartidista. Pero en 1991, después de la celebración de las primeras elecciones legislativas justas en el país, las incipientes reformas sufrieron un retroceso con la victoria del Frente Islámico de Salvación. Argelia se sumió en una década de violencia. La amenaza islamista condujo al resurgimiento del ejército, con el apoyo de Occidente. Los años 90 se caracterizaron por constantes estallidos de violencia y, desde entonces, el ejército ha reafirmado su poder.

2011 podría haber traído importantes cambios. Uno de los días más significativos del año fue el 5 de enero. Aquel día, tuvieron lugar protestas populares en Orán y Argel, que fueron brutalmente reprimidas por las fuerzas de seguridad. Una vez más, el Gobierno hizo caso omiso a las demandas de los argelinos que pedían mejores condiciones socioeconómicas y la mejora de las condiciones de vida. No obstante, tras las revueltas en Túnez, las autoridades argelinas entendieron el peligro de no reaccionar e ignorar a la población. Hacía falta una dosis de pragmatismo para mitigar la ola de cambio que amenazaba con acabar con los regímenes autoritarios de la región. Como consecuencia, el régimen del presidente Bouteflika cambió su comportamiento. Una fuente cercana al mandatario afirma que la estrategia consistía en presentar a Argelia cada

vez más como una “democracia en desarrollo”. El 15 de abril de 2011, el presidente Bouteflika anunció en un discurso televisado que el Gobierno introduciría importantes reformas en un futuro cercano.

Al mismo tiempo, había un cierto nivel de ambivalencia en la reacción del Gobierno argelino hacia las acciones de los ciudadanos en otros países de la región. Las manifestaciones en Argelia nunca llegaron a tener la misma intensidad que las de Túnez, Egipto o Libia. Los líderes de la oposición no han sido capaces de contrarrestar las tácticas de contención del régimen. Pero el factor más relevante ha sido la clara falta de organización política de la población. Ante la pregunta de por qué han fracasado las protestas en Argel, los líderes de la oposición hacen referencia a la falta de estructuras organizadas, en particular entre la población joven. Asimismo, acusan a los medios de comunicación nacionales y a partidos supuestamente de la oposición en el Parlamento de haber ayudado al régimen. En palabras de un periodista: el régimen “juega con las divisiones existentes en la sociedad para fortalecer su posición. Simplemente distribuye dinero a distintos sectores socioeconómicos de la población con el fin de comprar la paz social”.

De hecho, la caótica organización política de la sociedad argelina supone una increíble paradoja. Los argelinos son conocidos por tener una visión crítica de sus instituciones —no hay más que caminar por las calles de Argel para verlo— y los sindicatos han empezado a ejercer cada vez más presión para que se lleven a cabo las muy necesarias reformas sociales. No obstante, a pesar de haber unas 90.000 asociaciones registradas, solo unas 1.000 están realmente activas. Existe una gran desconexión entre la población y los sindicatos. Argelia es un país muy joven, donde la mitad de la población tiene menos de 25 años de edad, pero los jóvenes tienen una presencia muy limitada en los sindicatos, que están dominados por vetustos incondicionales que se aferran a formas arcaicas de organización. Eso tendrá muchas implicaciones a largo plazo. La acción colectiva sí tiene un papel que jugar y los argelinos sí desean

un cambio radical, pero la poca coordinación y las tácticas de “divide y vencerás” del régimen consiguen acabar fácilmente con su potencial. Eso se ve agravado por el hecho de que muchos se escudan en la debilidad política del presidente para justificar el retraso de las reformas, una excusa cada vez más usada incluso por algunas de las voces más reformistas de la capital.

La oposición es débil y el Gobierno ha hecho uso del patriotismo argelino para recabar apoyos. El país aún tiene muy presente las cicatrices de la

colonización francesa, lo que contribuye a fortalecer la identidad nacional postcolonial. Al contrario de sus países vecinos, Argelia ha desarrollado una política exterior que promueve la no alineación en las decisiones nacionalistas o panárabes. En los últimos años, en diversas ocasiones el presidente Bouteflika ha demandado una disculpa por

parte de Francia por su conducta en el pasado. Las políticas del país están centradas en el desarrollo de acuerdos y alianzas militares con socios no americanos como Rusia y China, el “euroescepticismo” del régimen, sus relaciones con el Frente Polisario en el Sáhara Occidental, la denuncia de las políticas israelíes hacia los palestinos y su apuesta por la unidad y la reafirmación panárabe. A pesar de los diversos problemas del país, los argelinos sienten que han recuperado su honor, y esa interpretación argelina de los acontecimientos no debe ser subestimada. El papel de la OTAN en la caída del régimen de Muamar el Gadafi en Libia provocó una fuerte reacción del Gobierno argelino en contra de la injerencia exterior y, desde entonces, el régimen ha decidido reaccionar a la primavera árabe, pero a su manera.

Ante la pérdida de credibilidad de las instituciones y la falta de reformas sociales concretas, hay poco optimismo con vistas a las elecciones de mayo

REFORMAS LIMITADAS

A mediados de abril de 2011 el Gobierno anunció que llevaría a cabo reformas, que presentó algunos meses más tarde. En diciembre del mismo año, el Parlamento adoptó dichas reformas, que han sido significativas pero cubren un número muy limitado de áreas.

En la actualidad, el régimen está centrado en tres temas principales: una reforma del sector de los medios de comunicación, que debería acabar con el monopolio del Gobierno sobre los medios audiovisuales; una reforma de las asociaciones cívicas, destinada a dar un nuevo impulso a su actividad; y una ley de partidos, que debería fomentar la aparición de nuevos movimientos políticos. Pero los críticos afirman que aún hace falta mucho más e insisten en que la autoridad responsable de regular los medios audiovisuales debería ser completamente independiente, algo no contemplado por el régimen. Asimismo, el Gobierno tiene previsto someter a las asociaciones religiosas a un “régimen especial” y está tomando medidas para prohibir cualquier vinculación entre las asociaciones argelinas y las organizaciones no gubernamentales extranjeras. Éstos son claros signos de retroceso. Cabe resaltar que algunos miembros seculares de la oposición son reacios a apoyar el levantamiento de las restricciones que existen en la actualidad contra la actividad política de las organizaciones islamistas.

Las propuestas del régimen están lejos de ser suficientes e incluso las pequeñas medidas contempladas encontrarán oposición en el Parlamento. El Frente Nacional de Liberación y la Unión Nacional Democrática han insistido en que se efectúen enmiendas con el fin de proteger sus propias posiciones.

Hasta la fecha, las reformas han sido limitadas e incompletas. Argelia es un país rico pero necesita abordar una serie de cuestiones y tratar el desempleo, fomentar la inversión extranjera directa, promover una buena política industrial, aumentar los ingresos y luchar contra la corrupción. La

»»»» fuerte injerencia del ejército en los asuntos civiles no es ningún secreto, pero el Gobierno se muestra reticente a abordar esta cuestión, desaprovechando esta oportunidad de inspirar confianza en la población. La brecha entre conservadores y reformistas también se ve reflejada en el Gobierno. Por tanto, en lugar de aprovechar la situación de inestabilidad regional para fortalecer su posición, las propuestas del Gobierno han servido para resaltar su limitado espacio de maniobra.

Pocos interlocutores en Argelia creen que las tensiones internas del régimen y sus contradicciones conducirán a un cambio desde arriba. El ejército sigue siendo un actor fuerte, que opera bajo el control del Gobierno civil. Bouteflika sigue siendo el líder preferido del ejército y, de hecho, fueron los militares los que le permitieron beneficiarse de la enmienda constitucional de 2008 que le abrió el camino para un tercer mandato. Puede que su popularidad esté en declive, pero muchos argelinos aún ven al presidente como el “salvador” que llevó a Argelia a una nueva era después de los años 90. Sin embargo, ante la pérdida de credibilidad de las instituciones y la falta de reformas sociales concretas, hay poco optimismo con vistas a las elecciones de mayo.

¿UNA NUEVA APERTURA HACIA OCCIDENTE?

Curiosamente, a pesar de las tendencias nacionalistas del régimen, en los últimos tiempos Argelia ha mostrado una actitud más positiva hacia los gobiernos occidentales. Los representantes destinados en Argel hablan de una mejora relativa en las relaciones del país con la Unión Europea (UE) desde la visita del comisario europeo de Ampliación y Política Europea de Vecindad, Stefan Füle, en mayo de 2011. El régimen venía pidiendo una mayor presencia y acción en el país, y ha solicitado, de manera discreta pero eficaz, una mayor inversión extranjera y la eliminación de las regulaciones excesivas en cuanto a los negocios.

Asimismo, se pueden apreciar mejoras significativas en las relaciones con Francia. La visita a Argelia del enviado especial francés para la promoción de la cooperación económica, Jean-Pierre Raffarin, es un importante paso hacia adelante. En febrero de 2012, se anunció el lanzamiento de proyectos franco-argelinos comunes en las industrias farmacéutica y petroquímica. Según el ministro argelino de Industria, Mohamed Benmeradi, “Argelia quiere que sus relaciones comerciales y económicas con socios como Francia ya no estén basadas solo en las importaciones y las exportaciones, sino también en la inversión productiva en el país”. Los empresarios también afirman que están presionando mucho al régimen para que desarrolle una cooperación similar con otros países como España y Alemania.

La búsqueda de más socios comerciales es evidente. Argelia nunca estuvo completamente confinada a la autosuficiencia autárquica, pero ahora el Gobierno ha comprendido cuán importante es promover proyectos comerciales e industriales con una serie de socios extranjeros con el fin de preservar la posición internacional del país. Pero el desarrollo económico de Argelia está lejos de alcanzar su verdadero potencial. La corrupción y el monopolio del ejército en los principales sectores de la economía contribuyen a la inquietud social. Las autoridades aún no han comprendido lo importante que es satisfacer las necesidades socioeconómicas de la población para evitar acabar como los regímenes vecinos. Argelia no abrirá las puertas a los socios extranjeros de manera incondicional, pero cada vez existen más oportunidades para que los actores externos fomenten una mayor apertura del Gobierno.

No obstante, las demandas directas para mayores reformas y el respeto por los derechos humanos podrían llegar a ser contraproducentes. La clase gobernante sigue siendo conservadora y nacionalista. Incluso un “consejo de amigo” sobre estas cuestiones podría ser interpretado como una injerencia directa. Dicho esto, hay suficiente espacio para que los principales socios económi-

cos de Argelia expresen su interés por reformas políticas más profundas. Los europeos podrían marcar la diferencia si aprovechan la oportunidad para desbloquear el punto muerto en las relaciones entre la UE y Argelia. La Unión sigue siendo el principal socio económico del país y aproximadamente el 50 por ciento del comercio argelino depende de la UE.

El acuerdo de asociación entre la UE y Argelia entró en vigor en 2005, pero aún no ha desarrollado todo su potencial. En junio de 2010, el ministro argelino de Asuntos Exteriores, Murad Medelci, expresó su preocupación al respecto. El desequilibrio existente entre los dos actores, combinado con el enfoque europeo sobre los hidrocarburos y el antiterrorismo, ha hecho que Medelci expresara el deseo de Argelia de enmendar algunos de los términos del acuerdo de asociación. Pero ahora las relaciones parecen haber mejorado. En diciembre de 2011, el comisario europeo Stefan Füle anunció, tras reunirse en Bruselas con el viceministro argelino de Asuntos Exteriores, Abdelkader Messahel, que finalmente Argelia estaba lista para empezar las negociaciones exploratorias para un Plan de Acción en el marco de la Política de Vecindad Europea. Eso no implica un impulso instantáneo a las relaciones entre la UE y Argelia, y los argelinos se tomarán su tiempo para negociar. Pero en esta etapa, un enfoque flexible hacia las demandas y necesidades de Argelia podrían conducir a una mayor cooperación y mejores perspectivas para que Europa influya en los acontecimientos políticos en Argelia.

CONCLUSIÓN

El “silencio argelino” no existe en la práctica. Después de ver descarrilado su proceso democrático debido a los violentos acontecimientos de los años 90, Argelia ahora se encuentra en un momento decisivo. La debilidad de las organizaciones cívicas locales y las reservas de Occidente han disminuido las perspectivas de democratización. Ceder sobre las cuestiones internacionales (intervención de la OTAN), regionales (Libia, Israel-Palestina) y nacionales (Islam, terrorismo) para acabar con la disidencia ayuda a preservar el status quo. No obstante, ahora existe un cierto espacio para que Argelia evolucione y se abra a su propio ritmo. Las elecciones de mayo no supondrán un cambio radical de perspectivas y el escepticismo de la población es profundo. De todas formas, un posible cambio de líder, una apertura hacia Occidente y un mejor aprovechamiento del potencial económico del país vaticinan un futuro mejor. La UE debería actuar con cautela pero sin perder esta oportunidad.

Barah Mikail es investigador senior de FRIDE.

**e-mail: fride@fride.org
www.fride.org**



DANISH PRESIDENCY OF THE COUNCIL OF THE EUROPEAN UNION 2012